

F. GAMBOA

31 DE DICIEMBRE.—En el nuevo club de San Salvador, en el baile con que despiden al año que se consume.

No obstante que señoras y caballeros logran con su extremada cortesía hacerme pasar muy agradable velada, cuando á las doce de la noche, reunidos en el *buffet*, se apuró la tradicional copa de champaña, símbolo de deseos que se formulan en frases cortas por nuestras dichas recíprocas, al mirar cómo los novios se buscaban y los matrimonios estrechábanse las manos, y se abrazaban los amigos, nube de tristeza invadió mi espíritu; me reconocí viajero y solitario, me hacían falta los adorados huéspedes de mi alma, que á esta hora, ella estaría pensando en el ausente, y él, confiado ha de dormir en su cuna sin saber todavía ni por qué ha nacido ni por qué vive. . .

Y abandoné el baile, sin abrigo ninguno porque el cáldido clima no lo consiente, pero bien envuelto en melancolía dulcísima que me adormeció y arrulló en mi vulgar cuarto de hotel, hasta el que penetraba, por la ventana abierta y poetizada con tiestos de geranios y violetas, un desmayado rayo de luna.

---

1900

---

1º DE ENERO.—(San Salvador.) En una quinta de Santa Tecla, propiedad del adinerado y hospitalario súbdito británico, Mauricio Duke, que ha ofrecido almuerzo patriarcal para reunir á sus hijos y á sus nietos. Los extraños somos pocos, de ellos el General Regalado y yo.

Una llamarada, despedida por las cenizas de mi juventud: tengo el esbozo de un idilio, que dura menos que la fugaz llamarada.

En la noche, gran banquete que el casino Salvadoreño ha organizado en mi honor, con absoluta exclusión del elemento oficial, para que no pueda interpretarse que la fiesta fué aconsejada ó ayudada por miembros del Gobierno.

Pequeña *eironeia*: un intelectual salvadoreño que estuvo hace varios años de ministro plenipotenciario de su país en el mío y que en ese carácter fué invitado á uno de los banquetes anuales con que se obsequiaba entonces á nuestro ministro de Justicia é Instrucción Pública, don Joaquín Baranda, pronunció un brindis que le fué muy aplaudido. Algún comensal me presentó á él, explicán-

dole que yo pertenecía al Cuerpo Diplomático Mexicano y que á principios de mi carrera había visitado estos países de Centroamérica. A pesar de tal explicación, el ministro salvadoreño no me hizo gran caso, y ahora que con parecida brillantez á la de que hizo gala en su brindis de México, le oigo brindar por mí, aquella reminiscencia se me aparece con precisión cinematográfica y me obliga á formularme esta pregunta dentro de mí mismo: ¿Será que por lo mucho que me ha costado, después de vivir en tierras bajas, este mi ascenso á una cumbre, aunque sea temporal, que no padezco vértigo de las alturas y por ello me fijo y aprecio á hombres y cosas? . . .

Detalle benévolo: en el *menú* del banquete hay un plato «á la Gamboa» y otro á «la Metamorfosis.»

2 DE ENERO. — En el Palacio Municipal, un baile de *Mengalas*.

Llámase aquí *mengalas* á las muchachas del pueblo que trabajan. Forman verdadera categoría y son, en lo general, agraciadas de rostro y muy airosas de cuerpo; distinguidas á su manera en el vestir; llevan desnudos los brazos y la garganta; tienen marcada predilección por los colores fuertes para la enagua y para el chal, que saben terciarse con señorío, y algunas no carecen de elegancia.

Ningún salvadoreño, por elevado que se halle, desdénase en tratarlas con cierta igualdad afectuosa y recíproca. Aunque de cuando en cuando una de ellas se descarríe, es lo común que contraigan matrimonio legítimo, con obreros, y que sin dejar de pertenecer á su

gremio popularísimo, se olviden de las alegrías juveniles y se transmuten en buenas madres de familia.

Poseen otra cualidad que las hace por todo extremo simpáticas: son patriotas y son valientes; y en más de una ocasión, de las muchas en que se han ensangrentado las calles y los campos de este levantisco y batallador rincón centroamericano, se las ha visto animando á los hombres (que poco necesitan de semejante estímulo), y se las ha visto igualmente, en lo más empeñado de la refriega, cargar rifles, recoger cartuchos, curar heridos y endulzar agonías.

El baile resultó animadísimo; bailamos unas cuadrillas de honor en las que la *mengala* que acompañaba al Presidente de la República lucía en su chal los colores mexicanos y la *mengala* que á mí me tocó en suerte, ostentaba en el suyo los colores salvadoreños. En la cena, rociada con más brindis que vinos, todo se volvió frases de encomio para México y sus héroes, para su pasado, para su Gobierno. Y como quien no quiere la cosa, cuando salimos á la calle nos encontramos con que la luz del nuevo día salía también.

Mientras más observo al pueblo salvadoreño, más simpático me resulta. Me refiero al pueblo legítimo, al de verdad, no al falsificado que nos sirven en sus decretos y en sus discursos casi todos los gobiernos y casi todos los parlamentarios hispanoamericanos.

3 DE ENERO. — Ni el General Cañas ni Vicente Acosta han dejado de verme un solo día.

El General, que es un gran madrugador, no comprende cómo puedo quedarme en la cama hasta después de las diez, en este clima tórrido. Y cuando entra á despertarme á diario, lo hace regañándome á gritos; gritos y regaños que me obligan á abrir los ojos quieras que no, sonriente y agradecido á este viejo honorable y talentoso, que al igual de una criatura, lleva el corazón en la mano con inmenso cariño para sus amigos, por mucho que intenten disimularlo sus grandes voces des-templadas y las palabrotas de campamento con que entrevera su hablar inteligente y pintoresco.

En la mañana de hoy, que hemos hablado sobre Rubén Darío, mientras yo me afeitaba, por poco no me degüello de la risa que me provocó oírle contar la receta propinada al poeta para que se marchara á Chile, hace varios años. Debo advertir que el General Cañas es un idólatra de Chile, en donde estuvo de joven, y de México, en donde ha estado de viejo.

Me contó que Rubén Darío anhelaba ir á Santiago de Chile, pues no consideraba que los horizontes de Centroamérica fueran bastantes para el completo desarrollo y perfecto lucimiento de su inteligencia. Y como los dineros de que dispusiera en aquella época estuviesen en razón inversa de sus anhelos, consultó el problema con Cañas, y se registró el siguiente diálogo:

—(Cañas) ¿Por fin te vas á Chile? Ya te he dicho que allí está tu porvenir; que por estas tierras nuestras no harás letra nunca; que tu talento reclama escenario más amplio, etc., etc., etc.

—(Rubén Darío, muy compungido) Pero, General,

¿con qué quiere usted que me vaya, si no tengo una peseta?

—(Cañas) Que te mande el Gobierno.

—(Rubén Darío) Ya lo intenté, pero no lo consigo.

—(Cañas) Procura que la compañía de vapores te lleve gratis, aunque te exijan que trabajes tu pasaje.

—(Rubén Darío) También lo intenté ya y he obtenido la misma negativa. . . ¿Cómo irme, General? . . .

—(Cañas, después de instantes de reflexión) Pues á nado, ¡ajo! pero vete. . .

Vicente Acosta también está hoy de vena.

Después de saludarme con los aires medio hipnotizados que á las veces se gasta; después de apurar dos *whiskies* dobles, con trágica reserva anúnciame que sabe de muy buena tinta que el Gobierno de El Salvador, como me ha declarado huésped de la nación, no consentirá que yo pague ni mi alojamiento.

—Hay orden—me dice bajando la voz cual si me propusiera que juntos perpetráramos algún asesinato,—hay orden, te digo, de que en este hotel hasta dinero te den si lo solicitas. . . (en voz más baja todavía) creo que por lo pronto deberías pedir unos cinco mil pesos. . .

A mi regreso de una tarde de campo que me ofrecieron en los alrededores de San Salvador, en el precioso sitio que se llama «Los Mexicanos,» porque, dícese, allí acamparon las fuerzas invasoras del General Filísola, encuéntrome en el hotel con una pastorela infantil que una agrupación me ha organizado.

F. GAMBOA

Por lo pronto interéname; chiquillos y chiquillas en traje de carácter cantando y bailando no del todo mal; pero la cosa se prolonga durante dos horas y el interés se esfuma para dejar el puesto al cansancio.

4 DE ENERO.—Almuerzo íntimo con el General Regalado y su familia.

Por la tarde visito, en unión de los Ministros del Gabinete, diversos edificios públicos, en cuenta el famoso *Hospital Rosales*, aún por inaugurarse, que llama mi atención no tanto por su distribución científico-moderna de pabellones aislados, habitaciones octágonas, pisos asépticos, etc., etc., cuanto por ser todo él fabricado de lámina, cosa que veo por primera vez.

Todas las planchas que componen el enorme inmueble y sus múltiples dependencias, fueron importadas de Bélgica, de donde también vino un ingeniero encargado de armarlo. Como observara yo que en su interior no se experimenta ni mucho calor ni mucho frío, explicáronme el secreto de la igualdad en la temperatura, mostrándome que las paredes entre sí tienen un hueco de medianas proporciones.

Por la noche, la guarnición de la capital ofrécame una retreta, y el Subsecretario de Guerra encargado del Despacho, Coronel don Jacinto Castro, en unión de toda la oficialidad vestida de gala, me la dedicó con el siguiente expresivo discurso:

«Señor Ministro:—A nombre del Ejército Salvadore-

MI DIARIO

«ño, á cuya cabeza se halla hoy el señor General Regalado, vengo á presentaros como al representante de la «Nación Mexicana, el homenaje sincero de su cariño y «admiración hacia aquel querido pueblo hermano, que «siempre ha tenido impulsos generosos y palabras de «aliento para El Salvador.—Vos, que representáis tan «dignamente á vuestro Gobierno y á vuestro Pueblo, recibid el homenaje del soldado como prueba de la gratitud imperecedera que abriga en el fondo de su corazón.»

5 DE ENERO.—Despedidas y arreglo de baúles; me embarco mañana en Acajutla, rumbo á Costa Rica.

Iré con D. Francisco A. Reyes, nombrado Plenipotenciario de El Salvador en la misma Costa Rica. Entre él y yo obtuvimos del General Regalado que Vicente Acosta vaya como Secretario de esa Legación.

Desde el tren especial que nos conduce á Sonsonate, donde sé que me han preparado gran ovación de despedida, contemplo uno de los espectáculos más grandiosos que me haya sido dable contemplar.

El Izalco, el viejo volcán incansable é iracundo, que á mi llegada tanto me sorprendió con su penacho de humo denso y de color plumizo, ahora, en plena noche, acaba de seducirme por completo. En vez de ese penacho, veo intermitente y colosal columna de llamas, que por la fuerza y derechura con que sube, diríase que fuera á vengar añejos resentimientos subterráneos contra la bóveda celeste, cuyas estrellas palpitan como amedrenta-

das de que en efecto fuera la cólera de Atlas á alcanzarlas y á herirlas en su alto trono . . . La llamarada se cansa, no sube más, y, de súbito, de un solo golpe, se viene abajo y se desgaja por la abrasada cima de la montaña; ya no son llamas, lo que rueda es una babilónica lluvia de oro, millones y millones, que antes de que mi fantasía y mi codicia atinen á evaluar, apáganse y desvanécense, con la misma rapidez y el mismo silencio con que se desvanecen y apagan todas las riquezas y las glorias todas de la vida. . .

Llegamos á Sonsonate, que por nosotros se encuentra enfiestado.

Hay comida, alocuciones, iluminación, y una copa de champaña en el Casino, donde los francmasones me agasajan por haber procurado la libertad de un hermano suyo que llevaba tiempo de encarcelado en la Penitenciaría de San Salvador.

6 DE ENERO.—El propio tren expreso que anoche nos llevó hasta Sonsonate, hoy nos dejó en la mañana en el nuevo muelle metálico de Acajutla, algo distante del muelle en que yo desembarqué, situado en lo que se llama Puerto Viejo. Declaráronme padrino del flamante brazo de hierro.

Como todavía no está en servicio, el descenso á la barca no deja de ofrecer sus peligros, que nosotros sorteamos entre risas y ficticias valentías.

Con porción de honores llegamos á bordo del «Mapocho,» sucio y descuidado inválido de la Compañía Sur-

Americana de Vapores, y á las cuatro de la tarde, con mar tranquilo y hondamente azul, levamos anclas.

8 DE ENERO.—Frente á Puntarenas, de Costa Rica, después de haber hecho escalas en el puerto salvadoreño de la Libertad y en el nicaragüense de Corinto.

A pesar de que equivocadamente anunciamos Reyes y yo al Gobierno de San José que llegaríamos por la vía de Panamá y Puerto Limón, circunstancias de orden privado nos obligan á desembarcar en el ardientísimo lugar de Puntarenas, donde las autoridades, aunque desapercibidas á recibirnos, en cuanto saben de nuestra presencia á bordo, se nos muestran muy atentas y benévolas.

Ganamos el muelle luchando con furiosos tumbos; saltamos á tierra, más bien dicho, nos encaramamos en ella, y mientras aguardamos que llegue de Esparta el tren expreso que ha de venir por nosotros, con una temperatura digna del Congo recorremos el puerto pintoresco, que por lo poblado y espacioso es, sin disputa, el mejor de los puertos centroamericanos sobre el Pacífico, excepción hecha de Panamá que no conozco, pero incluyendo á Corinto, que sólo como puerto y gracias á las muy buenas condiciones de su pequeña y abrigada bahía, supera á Puntarenas.

Tres cuartos de hora en camino de hierro y hétenos en Esparta!!! . . .

Esparta, ¡oh irrisión! resulta un poblacho, á pesar de su pomposo nombre y de ser cabecera de un cantón con 1245 habitantes.

Llegamos al obscurecer y nos instalamos en un pseudo-hotel, tan desaseado é incómodo, con habitaciones tan imposibles, que las fementidas ventas del «Quijote» resultan alcázares junto á esta *trattoria*.

Para colmo de desventuras, nos lo encontramos atestado de comediantes; unos cuarenta, entre actores, actrices, chiquillos y empresario. Casi todos son españoles, con lo que queda dicho que hablan á gritos é insolencias. Pronto hacemos amistades y somos informados de que la tal compañía es ambidextra, y lo mismo se tira sobre «La Verdad Sospechosa» y «Mar sin Orillas,» que sobre «Marina» y «Marcha de Cádiz.»

Sin poder remediarlo, debido á mi eterna debilidad por la gente y las cosas de teatro, en seguida se me hacen simpáticos y en seguida me interesan; póngome á despotricar con el barítono, corpulento mocetón de botas, amarillas, camisa de franela, sombrero de palma, barba de tres días y polvo de penosa caminata, circunstancias las tres que más bien préstanle aspecto de capitán de bandoleros.

Todos van contentísimos, parece que los sueldos han andado al corriente y que el clima no los ha perjudicado. Ahora se lanzan á Nicaragua nada menos.

Es bien curiosa la fisonomía del grupo: el empresario con su poquillo de despotismo; los actores y actrices—según sus jerarquías é historias particulares—mal encardados ó risueños, cuidando las solteras con verdadero cariño de los hijos ajenos; actuando los solterones de filósofos, sólo preocupados de un buen trago, de un mediano cigarro, de una copiosa cena y de que en su cuar-

to cuelguen una hamaca para dormir frescos; se encuentran rendidos, magullados, renegando de lo largo del camino y del homicida trote de sus caballerías. El tenor cómico no se despega de las nalgas entrambas manos.

Después de acostar á la chiquillería, échanse sobre la cena con tan recio apetito, que en un tris estuvo el que nosotros nos quedáramos ayunos de alimento.

Vicente Acosta, que no les ha despegado la vista, opina, y con razón, que el conjunto es un cuadro arrebatado á páginas del «Gil Blas de Santillana.»

Mientras los comediantes hacen la digestión sentados en medio de la calle, entre conversaciones tumultuosas, humo de cigarros y proyectos de enriquecimientos próximos, nosotros despachamos nuestra colación, nos ajustamos las sobrecalzas de cuero, y con la esperanza de ir á dormir en San Mateo, caballeros en sendas mulas de alquiler, nos partimos entre ocho y nueve de la noche del pobre parador *espartano*.

Es la primera vez de mi vida que en larga extensión cabalgo de noche. Lo encuentro delicioso; como no hay sol, tampoco hay calor, y á la luz de la luna hemos venido recorriendo anchos senderos misteriosos, hemos cruzado dos puentes y tres arroyos, y á la una de la madrugada hemos dado con nuestros cuerpos molidos en uno de los *soi-disant* hoteles de San Mateo.

Porque ya funcionó el telégrafo, el Gobierno costarricense instruído de nuestro arribo, ha corrido las órdenes necesarias para que se nos trate lo mejor posible. De ahí

que saliera á encontrarnos hasta las goteras del pueblo un individuo que nos atajó el paso y que,—cúlpele á las sombras del camino,—en un principio diputamos por malhechor. Por suerte nos identificamos á tiempo mutuamente; éramos, nosotros, *los altos personajes* que él aguardaba, y él resultó ser mi señor jefe político del partido; nos resultó algo más: varón cortés, y, por añadidura, veracruzano de nacimiento, arrojado hasta estas comarcas al cabo de algunos tumbos y de un puñado de años en Panamá y Venezuela. Condújonos hasta el hotel, participó del tenteempié que en él se nos brindó y se despidió diciéndonos:

—«Hasta luego» . . .

Preocupado desde mi salida de Guatemala con la ponzoñosa fauna diminuta de los climas intertropicales, vengo con la obsesión de víboras, tarántulas, alacranes y demás bichos que en estos lugares fama es que se producen á millones; por lo cual mi miedosa curiosidad no resistió, y antes de que se marchara mi compatriota veracruzano, lo interrogué en forma, aunque echando la cosa á la broma:

—¿Y qué tal de víboras, paisano? . . .

—¿Aquí? . . . Muchísimas, San Mateo es famoso por ellas, hasta en la calle se las encuentra usted . . . A eso obedece que no haya yo prohibido el que los cerdos vagabundeen, dicen que se las comen. . .

Y se fué, tan fresco, cual si me hubiera instruído de que en San Mateo aún se ataba á los perros con chorizos de Extremadura.

Francisco A. Reyes, más que de mi pregunta, rió del efecto que me causaba la respuesta, y aseguróme, con su tantico de filosofía, que el que víboras busca, encuentra víboras.

Vicente Acosta titubeaba entre reírse á su vez de mis pavuras ó quedarse serio; transigió comiéndose su cena y buena parte de la mía, y dando orden de que lo que deja se lo guarden para cuando despierte mañana. . .

¡Vaya una noche la que paso! Tumbado en un temblequeante camastro, que soporta colchón relleno de guijarros, según lo que se me hincan sus duros promontorios cada vez que me muevo, no puedo pegar los ojos, á pesar de mi grandísimo cansancio . . . Parece que todos los animales de San Mateo se propusieron darme en notas altas la bienvenida, y ha sido una de ladrar de perros, cacarear de gallinas, cantar de gallos, mugir de bueyes, y mayar de gatos que ni Noé en su arca los oiría mejores . . . En la estancia, Reyes, Vicente Acosta y Meneses roncaron desaforadamente. . . hubo momento en que me creí transportado á planeta diverso.

9 DE ENERO.—Cuando conciliaba yo el sueño y apenas divisábase luz palidísima de aurora, por las rendijas del balcón colándose en el cuarto, llamaron á la puerta.

Era el Jefe Político que iba á despertarnos para que siguiéramos nuestro camino hasta San Jose. Salté de la cama y le franquee la entrada.

—¿Pues, qué hora es?

—Las cinco y media, paisano; por eso cuando me despedí de ustedes, hace poco, les dije: «hasta luego» . . .

Y dió principio el ajetreo previo á nuestra partida.

Arriba, en donde nosotros hemos pasado la noche, mientras nos preparaban los desayunos, lavámonos sucesivamente en un solo barreño y nos vestimos de prisa, víctimas del característico afán de llegar al término de un largo viaje. Vicente Acosta, reclamó la porción de cena que había mandado guardar la víspera.

Abajo, en el corral y en el patio, pusiéronse á asear y á enjaezar á las bestias. El oficial ayudante que de orden de las autoridades de Puntarenas viene acompañándonos, no nos permitió que liquidáramos el importe del alojamiento.

Con la fresca, á las seis, salimos de San Mateo en alegre cabalgata; á la delantera Vicente Acosta, caballero en un mulo poco afecto á caminar acompañado, y carente de boca, de obediencia y de pelo en muchas partes de su cuerpo anguloso; por lo que Vicente resuelve dejarlo hacer lo que mejor le plazca.

A cierta distancia se nos separó el Jefe Político, y al cabo de la hora y media de trote, dimos principio, á fuerza de espolazos, á la fatigosa ascensión de la por todos títulos endiantrada y tremenda *Cuesta del Aguacate*, en la que á cada paso veíamos forzados, so pretexto de que las bestias respiraran, á interrumpir la marcha, para, en realidad, respirar y descansar nosotros. La vegetación exuberante.

Meneses, á causa de su flacura extrema, de las polainas que le vienen grandes y del cansancio, ha ido esti-rándose hasta lograr sobrada semejanza con el ingenioso hidalgo manchego. Iba sin chistar palabra y sólo

reanimábase cuando de tiempo en tiempo determiná-bamos dar un tiento á las cantimploras.

En la cima de la cuesta, en un ventorro, cruzámonos con otra caravana de la que formaba parte chica guapí-sima que nos alegró la vista y el espíritu con su saludo y su apostura. Reyes, de puro entusiasmo, resolvió comer-se en honor de la muchacha una caña de azúcar; Vicente Acosta improvisóle medianoche madrigal; yo, suspiré de admiración y de lo adolorido que me tenía mi mula; Meneses se descubrió con respeto, y el oficial ayudante, á guisa de estímulo, nos aseguró que en la ciudad de San José abundan las jóvenes de ese porte.

A las diez de la mañana y con un sol que no nos merecíamos, concluimos de transponer la cuesta; y por más que arreamos á nuestras cabalgaduras, no pudimos llegar á Atenas hasta cerca del medio día.

!!!Atenas!!! . . . Y cuán distante quedas del Pireo. . .

Es un villorrio, aunque infinitamente superior á Esparta, también infinitamente inferior á lo que nombre tan sagrado prometiera.

—¿Por qué habrán padecido en Costa Rica de esta ma-nía de helenismo agudo? . . .

En el ancho y bien cuidado camino carretero que des-de la falda de la cuesta del Aguacate conduce á Atenas, adviértese á cada kilómetro un poste metálico elegante que marca el número de aquéllos; las malas lenguas costarricenses cuentan, sin embargo, que los tales no son muy verídicos y que las leguas que anuncian, en ocasiones son más largas y en ocasiones más cortas que las legítimas; la gente del pueblo llámalas «leguas del ca-



F. GAMBOA

cho» en memoria de un celeberrimo cuerno de buey siempre lleno de *whiskey*, que el ingeniero que trazó la ruta apuraba cuando tenía sed; como su sed, dado su origen británico, era, aunque constante, muy irregular, donde le apretaba requería el *cacho* y donde vaciaba el *cacho* clavaba el poste.

Nos recibieron en Atenas con espléndido almuerzo guiado por negro de Jamaica, *cordón bleu de son état* y músico de afición, pues al acabar de servirnos la comida hizo gala de sus talentos en el acordeón regalándonos con algunos aires casi intraducibles.

De acuerdo con la universal costumbre en países cálidos, de hacer la siesta, hasta después de ella no se nos presentó el Jefe Político *ateniense*, llevándonos dos buenas noticias: primera, la muy atenta respuesta que el Presidente D. Rafael Iglesias se había servido enviarnos por el saludo telegráfico que desde Puntarenas le dirigimos Reyes y yo: segunda, el halagüeño anuncio de que para concluir el viaje, disponíamos de magníficos caballos que el Gobierno puso á nuestra disposición.

Aupándonos mutuamente, nos encaramamos en ellos, y salvo una furiosa caída que sufrió el sirviente de Reyes, no registramos más novedad en este viaje *equinorial* principiado á las cinco de la tarde y terminado en Alajuela á las nueve de la noche.

En Alajuela aguardábamos un hermano del Presidente de la República, un edecán del mismo y las autoridades locales.

No obstante la fiebre amarilla que está devastando la

MI DIARIO

comarca, afectuosamente obligáronnos á aceptar cena copiosa.

Media hora de camino de hierro y arribamos á San José de Costa Rica. En la estación había diversas personas y aun personalidades, de éstas el Subsecretario de Relaciones Exteriores.

Nos empacaron en un carruaje de la Presidencia, pero yo estaba tan horriblemente cansado, que apenas si me percaté de que la ciudad prometía ser bonita. Todo derrengado, llegué al «Imperial Hotel,» de aspecto agradable.

No hubo descanso todavía, sino una copa más de champaña, de bienvenida.

Sonambúlico, dí al fin con mis huesos en cama muflidísima, y en seguida, como un chiquillo, sin pensar, me invadió sueño de plomo.

10 DE ENERO.—(San José de Costa Rica.) Mi fantástica impresión de anoche, lejos de desvanecerse, se ha acentuado en el curso del día de hoy. La ciudad de San José, dentro de su pequeñez, no sólo es bella sino simpática al extremo. Tiene mucho de las ciudades nacientes de los Estados Unidos, con la circunstancia á su favor de no haber perdido este sello español común á toda nuestra América; sello de que es moda maldecir, pero que á mí me subyuga.

Y al César lo que es del César: ha sido aquí, en San José, donde por primera vez contemplo un tranvía eléctrico.

El Subsecretario de Relaciones Exteriores, encargado ahora del Ministerio, es Justo A. Facio, colombiano de origen, con lo que dicho queda que es literato de buena cepa. Desde luego, hicimos buenas migas que me prometo amasar hasta lograr que formen, si no buen pan, buena levadura siquiera.

En unión suya fui á saludar al Presidente de la República, D. Rafael Iglesias, quien, *prima facie*, parece ser el gobernante más inteligente y progresista, hoy por hoy, de toda Centroamérica. Es joven, de buena cuna y buena moral, á lo que parece talentoso é instruído, sin duda ninguna trabajador, y lo que más conviene en un gobernante, ambicioso en el buen sentido de la palabra. Creo no equivocarme al profetizarle que está llamado á representar con brillantez papel principal en Costa Rica, su tierra, y en los demás Estados centroamericanos; mira lejos y no se doblega; nutre planes vastos y amplísimos, nada menos que edificar patrias grandes y fuertes.

Pronto nos hemos entendido y juntos hemos combinado un proyecto de protocolo al que habrán de adherirse los cinco gobiernos de estas regiones, á efecto de depurar antiguas ó modernas rencillas, las rivalidades perennes que entre sí los distancian y los odios que, creeriáse, fueran inextinguibles.

Como caso que la reconciliación se lleve á cabo, toda ella será bajo la égida de México, yo trabajo con extraordinario ardimiento; pues México en este caso, no sólo no amenaza á ninguno de los cinco países, ni por débiles pretende humillarlos, ni los obliga á plegarse á exigencias ominosas, sino que se concreta á proponerles que

honradamente se abracen y se lancen de buena fe, por ahí, en busca de más progreso y de un poquito de dicha.

Esta noche, diversos literatos costarricenses me fueron presentados en el «Club Internacional.» Sin contar á Máximo Soto Hall, escritor guatemalteco á quien conocí en su país hace unos doce años y que hoy es aquí Cónsul General de su tierra, llamó particularmente mi atención un joven, Agustín Luján, hijo de viejo mexicano avecindado de muchos años atrás en Costa Rica, en la que alguna vez ha sido Cónsul de México.

12 DE ENERO.—Paseos incesantes por este diminuto paraíso centroamericano. ¡Qué aseo y qué coquetería! ¡Cuánto no diera Guatemala—á pesar de su innegable mayor importancia—por lucir la fisonomía que luce esta ciudad sin pretensiones, en la que á gusto respírase cultura, tranquilidad y adelanto!

Lleváronme á la mejor librería «metropolitana,» que es también casa editora y que pertenece á la señora viuda de Lines.

Más que por mi carácter de representante de México, fui muy bien recibido en ella por mi carácter de literato americano. Mostráronme cuatro ó cinco ejemplares que les quedan del ciento que tenían de mi novela «Suprema Ley.» La certidumbre de haber sido leído tan lejos de mi tierra, hace que me corra yo hasta gastar algunos pesos, comprando revistas y libros españoles.

He observado con extrañeza que aquí los cuarteles se hallan cerrados á piedra y lodo, costando un triunfo y

una porción de requisitos la admisión de un extraño dentro de su recinto.

Explícanme la cosa: en Costa Rica, lo mismo que en el resto de Centroamérica, y lo mismo que en México allá por los años de su Alteza Serenísima, los derrocamientos y revoluciones han tenido siempre su cuna en la toma ó pronunciamiento de los cuarteles, de tal suerte, que hasta se ha formado y está admitido el vocablo «cuartelazo,» connotativo de revuelta, del eterno «quítate tú para ponerme yo. . .»

A ese propósito narráronme audaz cuartelazo llevado á cabo por un señor Guardia, hace relativamente pocos años. Era el Guardia, jefe popular y amado del ejército, y, lo que no sobra nunca para esa clase de empresas, hombre de pelo en pecho; jugándose la vida, resolvió adueñarse del cuartel más importante, y para lograrlo, ideó la estratagema de penetrar en él oculto dentro de una carreta que llevaba heno para los caballos de los oficiales. Pensado y hecho; así penetró en las barbas de guardias, centinelas y jefes, y una vez adentro, bien armado y mejor resuelto, se dió á reconocer, y aquí mato y allá degüello, aquí prometo y allá amenazo, tomó el cuartel, cundió el movimiento y á las pocas horas mi señor de la Guardia imponía condiciones de vencedor al entonces presidente de la República!

Esto, que conseja parece, es evangelio; y de esos rasgos, en México hemos tenido nosotros más de uno.

—¡Qué salvajes somos, Señor, qué salvajes! ¡Cómo nos sale á la cara nuestra progenitura goda!

Camino de mi albergó, ya tarde, en la noche, llamaron mi atención dos hechos:

Primero: los agentes de policía, que durante el día sólo ostentan revólver al cinto, me los encontré á esas horas de la noche armados de carabina y á pie firme en medio de las bocacalles.

Segundo: las calles todas, á partir de la media noche en punto, conviértense en otros tantos ríos caudalosos; ignoro qué llaves abrirán, ello es que el agua brota de las rejillas de las esquinas é inunda los arroyos con rumor de avenida.

14 DE ENERO.—Segunda entrevista con el Presidente Iglesias.

Decididamente simpatizo con este caballero.

Después de tratar de asuntos oficiales, comunícame que ha mandado preparar un paseo en Puerto Limón, de cuyo ferrocarril muéstrase muy ufano, y con justicia, sobre que Costa Rica es hoy la única República centroamericana que disfruta de las ventajas de camino de hierro al Atlántico—así llaman en estos rumbos istmeños al mar Caribe,—y que cuando regresemos ofrecerame una *serata d'onore*, con estreno de obra nacional, en el soberbio teatro de San José, que aun no visito.

Más tarde, en unión de Reyes, de Vicente Acosta y de Meneses, y pilotado por Máximo Soto Hall, fuimos á conocer el tal teatro, que es simple y sencillamente precioso.

No digo Centroamérica, México se complacería en poseerlo. Gratamente impresionados, lo recorrimos de

F. GAMBOA

arriba abajo. Cuéntannos que el coste del teatro excedió de tres millones de pesos. Mármoles, terciopelos, pinturas, su gran escalera, su *foyer* de magnas dimensiones, todo es modelo de lujo y de buen gusto.

Paréceme rival del de la «Opera» que conocí en Buenos Aires, y capaz de hombrearse con el «Eliseo» de Barcelona.

Es demasiado teatro para esta entera República minúscula; para su pequeñísima capital, es un desmán.

Dije ya que Justo A. Facio es Subsecretario encargado de la cartera de Relaciones Exteriores, y ahora, más en calma, á propósito de la nocturna excursión á que nos ha llevado y del lugar que ocupa en nuestro parnasos americano, quiero hablar de él con un poco de detenimiento.

Repito que por el hecho de ser de Colombia, puede diputársele por hombre de talento; no conozco á ningún colombiano—y he tratado á centenares de ellos—que sea tonto; he tropezado con pícaros, con farsantes y con ignoranos (pues ni más ni menos que cualquier viñedo hispano, de todo hay en la colombiana viña), pero, tontos, ¡ni para remedio! . . .

Facio vive en Costa Rica desde hace un puñado de años, aquí ha casado y procreado una familia. A fuerza de méritos—que ni los postergados por causa de su encumbramiento le disputan,—ha venido sube que te sube hasta donde ahora posa; pero no ha podido olvidarse de su amor incurable á las letras—que tan desastrosamente pagan á sus enamorados,—y entre convenciones, protoco-

MI DIARIO

los é intrigas centroamericanos, cultívalas á hurtadillas. No conforme con tener ya publicado y aplaudido su tomo: «Mis Versos,» tomo que se subdivide en «Crespones,» «Bronces,» «Adelfas,» «Medallones,» «Tapices,» «Sonetos Grises,» «Facetas,» «Flores de Llanto,» y «Torsos,» dado á la estampa en esta ciudad de San José de Costa Rica en 1894, todavía rima y todavía fabrica elegante y artística prosa.

Y en cuanto puede, hace lo que yo, huye de su investidura de subsecretario y échase á elaborar, á discutir, á idear planes de obras venideras. Con mi arribo y el de Vicente Acosta—á quien conoce, trata y tutea de lustros atrás,—después de habernos protocolizado con todas las consideraciones huecas y desaboridas que reclaman nuestros puestos oficiales respectivos, se ha colgado del pescuezo la parte sosa del suyo y ha dejado que el literato aparezca. No se nos separa; comemos juntos, charlamos durante horas y horas esta invariable, universal y deliciosa charla literaria, con más cerveza que compostura, más paradojas que teorías estéticas, más fragmentos de las propias vidas que reminiscencias ó citas de otros hombres de letras; en la que escribimos, mentalmente, nuestras mejores obras que no publicaremos nunca; en la que tuteamos á Goethe y al camarero que nos atiende; cuando en los funerarios mármoles blancos de las mesas de cualquier taberna derramamos ceniza de cigarrillos y cenizas de nuestras vidas muertas ó de las que jamás habremos de vivir, porque no es posible que existan fuera de nuestros cerebros excitados de intelectuales, de independientes y soñadores. . . en ese sabroso calor, Fa-

cio encrésbase, porque le sostengo que su obra es romántica y su persona epicúrea.

Tarde ya, encaminámonos diz que *á observar* de cerca la vida galante de San José de Costa Rica.

Cruzamos por el Parque Nacional, el que luce en su centro el monumento á los héroes de 1856-57, erigido en memoria de los patriotas que vencieron al filibustero yanqui Walker; monumento expresivo: cuatro figuras que representan á El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala en actitud de ayudar á que Costa Rica haga morder el polvo al invasor. Transpuesto el Parque, llegamos al *Lago*, diminuto charco artificial en que es moda agruparse por las noches. Nada extraordinario; de empinadísima pendiente, resbalan los botes que desde arriba impulsan, ya tripulados, y que al hendir las ondas, chapotean primero alzando espumas, y después, por el impulso adquirido, agítanse y navegan.

Los tripulantes ríen y gritan, las tripulantes sólo chillan, y los espectadores, aplauden ó silban. La diversión sería infantil si la mayoría de los que navegan no estuviera formada de mozas del partido que van á pescar parroquianos. Nos embarcamos todos y después de la jacarandosa travesía, el único pescado, ó pescador—depende del punto de vista,—es Vicente Acosta, que se hunde, calles adentro, del brazo de una dulcinea sospechosa.

Al propósito, Justo A. Facio nos explica que ese elemento en Costa Rica deja mucho que desear. Y los cuatro que quedamos, sea por falta de disposición, ó por exceso de la hipocresía de que todas los hombres echamos mano cuando delante de prójimos nos hallamos,

es el resultado que, consagrandos suspiros á las cónyuges ausentes, emprendemos la marcha á nuestros domicilios respectivos, filosofando, por las calles anegadas, sobre el socorrido tema de las mujeres que caen y de los varones que las empujan para que caigan.

15 DE ENERO.—Después de haber trabajado toda la mañana en asuntos oficiales, la tarde se ha empleado en recorrer calles, edificios y parques de San José.

A la noche, invitados á comer en la legación de los Estados Unidos de América en Nicaragua, Salvador y Costa Rica, cuya sede principal encuéntrase fijada en esta ciudad y cuya gerencia está á cargo de un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, Mr. W. L. Merry, capitán retirado de la marina mercante de su país.

Eramos pocos en la mesa: el anfitrión, tipo acabado de su raza; el Secretario de la legación, Mr. Rufus A. Lane, que ha visitado el extremo Oriente; Francisco A. Reyes; Vicente Acosta; mi secretario particular Meneses, y yo. La esposa é hijas del señor Merry hállanse ausentes de Costa Rica.

La comida igual á todas las de su especie. El servicio, con mucho color local, redúcese á una agraciada costarricense, descalza, muy limpia, de camisa con escote que ostenta tejidos indios, tan indios como ella. Cháchara más bien que conversación y algo tediosa para mí que hago de intérprete; mucho hablar sobre el canal ístmico que tienen que abrir los Estados Unidos (el señor Merry es decidido partidario de la vía de Nicaragua); alabanzas al General Díaz, que yo devuelvo remontándome

hasta Wáshington nada menos, por no encontrar de pronto qué virtud alabarle al señor Mc. Kinley; aplausos verbales por el progreso de mi tierra; brindis obligatorios en loor de México y del Salvador, que se retornan con frases de estampilla. . .

Sobremesa rápida.

Velada en el *parlor*, hasta las once.

*Wiskey* y *Apollinaris*; más canal interoceánico; se nos enseñan cartas geográficas y nos demuestran A+B, la superioridad indiscutible de Nicaragua con respecto á Panamá.

*Apollinaris* y *Wiskey*.

De labios del señor Merry llega á mi noticia que su colega y mi decano en Honduras y Guatemala, mi conocido Mr. Geodfrey Hunt, es un irlandés naturalizado.

*Wiskey* y *Apollinaris*.

Retirada.

16 DE ENERO.—La prensa costarricense publica á diario algo acerca de Vicente Acosta ó de mí, por nuestra condición de literatos militantes.

Cuando concluyó una visita oficial al manicomio, que no ofrece nada anormal, resolvimos dar un paseo por la Sabana, primorosa llanura á cuyos lindes termina la línea de tranvías eléctricos de San José y donde piensan construir para antes de mucho un hipódromo.

A fin de mejor gozarla, nos sentamos bajo el emparado de una mediocre cantina italiana y desde allí pudimos ver la caída de la tarde en este incomparable horizonte, limitado por volcanes, montañas, colinas de ce-

rros y muchedumbre de árboles erguidos, copudos y verdes.

Cuando anoecía, cobijada por la media tinta del crepúsculo, cruzó la silueta del poeta Máximo Soto Hall, muy del brazo de su mujer, caminando de prisa rumbo á su *dimora*, que apenas se divisa en los confines de la Sabana, muy escondida por enredaderas y flores, totalmente esfumada por las melancolías de este atardecer josefino.

—¡Hasta mañana!—nos gritó—¡sin falta! . . .

Y la pareja se desvaneció casi tan pronto como nuestra coral respuesta:

—¡Hasta mañana, sí, sin falta!

17 DE ENERO.—Después de anochecido, nos trasladamos en tranvía Vicente Acosta y yo á la casa de Soto Hall, que ayer divisábamos esfumada y oculta desde la cantina italiana de la Sabana.

A campo traviesa, dimos con la casita del poeta, muy iluminada para recibirnos; y así, de lejos, su pequeña galería ó grande ventana, brillaba en las sombras del bosque á modo de incendiada vivienda de luciérnagas ó de almacén de luz gratuita al que las mismas luciérnagas fueran á proveerse de la poquísima que han menester para sus cuerpos diminutos; tal era el enjambre de las que revoloteaban frente á los cristales.

De pie y sin sombrero, Máximo nos aguardaba en el umbral con los brazos tendidos, su melena romántica al aire y su alta estatura llenando el marco luminoso de la puerta abierta de par en par.